

De puerta en puerta

Emilio Calle *

Soplando sobre el polvo que se acumulaba en la parte superior del volumen antes de volver a dejarlo en su lugar, el profesor H se llevó una mano al costado y se quejó amargamente con un gemido prolongado. Luego, terminó de ajustar entre los demás el libro que acaba de consultar y se volvió sin dejar de frotarse la zona tomada por el repentino dolor. Estaba ya a punto de dirigirse hasta la mesa de su despacho cuando, con un leve tizne de sorpresa en su mirada, vio que un desconocido se sentaba en el antiguo sillón de tafetán de color irreconocible, y que ese mismo intruso esbozaba lo que a todas luces era una sonrisa que buscaba resultar maligna antes de liberar una voz grave, tenebrosa, como si en vez de pulmones tuviera cavernas subterráneas:

— Creo que ha llegado el momento de las presentacio...

El profesor H, con dos rápidas zancadas, se sentó tras la mesa de su despacho e interrumpió al extraño:

— ¿Qué sabe de los calmuco?

El recién llegado se vio obligado a mostrar su desconocimiento con una negativa de la cabeza. Pero el profesor H no cesó tan fácilmente en su empeño.

— ¿El príncipe Oubacha? ¿Zebeck Dorchi?

Y añadió con el último y desesperado ademán de aquel que envía una última ayuda a un naufrago que se pierde en una furiosa marejada.

— ¿De Quincey... al menos?

Una nueva, y ya casi avergonzada negativa del intruso.

— ¡Cuán lamentable! —expresó el interesado.

El profesor se lanzó a tomar notas prácticamente con la nariz pegada al lápiz que, con un hábil mo-

vimiento de dedos, giraba de repente para borrar un adjetivo inadecuado o una fecha incorrecta y regresaba a su posición inicial como la precisa pirueta final de un acróbata circense. El invitado de piedra se puso en pie, se situó frente a la mesa del despacho (donde plantó sus puños como pezuñas), y desafió abiertamente al hombre que seguía escribiendo:

— ¿Acaso no sabe quién soy?

— Desde luego —aseguró el profesor.

Eso pareció reconfortar al recién llegado.

— Alguien que se ha colado en mi casa porque la mujer que debería cuidarla siempre deja la puerta abierta.

El sujeto pataleó en el suelo.

— ¡No, no y no! ¿Es que no me reconoce?

El profesor se tomó su tiempo. Se ajustó las gafas a diversas distancias focales y exprimió al máximo su memoria:

— Londres. Hará unos veinte años. Usted era camarero en la universidad y salía con un bombero llamado...

— ¿Bromea?

El profesor lo intentó de nuevo:

— Año 63. Usted era alumno de uno de mis seminarios. Cometía unas faltas de ortografía realmente espléndidas. Confío en que siga divirtiendo tanto a sus mentores.

— ¡No lo puedo creer!

Esto exasperó finalmente al profesor, que se levantó y extendió sus brazos con las muñecas expuestas.

— ¡De acuerdo! ¡Está bien! Lo confieso: no tengo la menor idea de quién es usted. Y ahora, ¡espóseme para llevarme al lugar de la ejecución!

El sujeto se incorporó y retomó el tono gutural con el que había tratado de declamar su introducción.

— Soy el Diablo. Satanás. Lucifer. El Príncipe de las Tinieblas. Soy Belcebú.

* Escritor. Nacido en Málaga, España, en 1963. Su publicación más reciente es la novela *La estrategia del trueno*, 2001

Tras un minuto de tensa espera, el profesor, finalmente, expuso sus conclusiones:

—Una vez conocí a un tipo que, por su amor a ciertos versos, llamó su hijo Alejandrino, y éste, lógicamente, terminó de corista en un casino. Pero lo de sus padres me parece algo exagerado. ¿Qué hacían cuando llegaba la fecha de Reyes Magos? ¿Le daban de patadas frente al árbol?

—¿Acaso no me cree?

—No, claro que le creo. Ahora lo entiendo todo. Se ha colado en mi casa, me suelta todo ese preámbulo amistoso y en cuanto me descuide tratará de venderme algo.

—Se equivoca —el sujeto ensayó de nuevo el poder de su sonrisa maléfica—. Muy al contrario. He venido a comprar.

Instintivamente, el profesor retrocedió hasta que su espalda topó con una de las estanterías abarrotadas de libros.

—Aquí no hay nada a la venta.

El hombre se sentó de nuevo, esta vez de forma relajada, seguro al fin de que sujetaba las riendas del encuentro.

—No quiero sus libros. Tranquilícese, profesor.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—¡Maldita sea, pero si sólo le he llamado profesor!

—Oh, discúlpeme.

—Entonces...

—Entonces, ¿qué?

—¿No siente curiosidad por conocer mi oferta?

Pero fue el profesor quien primero expuso sus cartas.

—¿Sabe algo de los calmucos y quiere negociarlo?

¿Se trata de eso?

Esto exasperó de nuevo al singular sujeto, que de nuevo empezó a maldecir y a gritar cosas sin demasiado sentido, por lo que el profesor tuvo que advertirle con firme severidad:

—Así no logrará venderme nada.

—¡Ya le he dicho que he venido a comprar!

—Y tampoco lo conseguirá poniéndome perdido de saliva. A menos que lo que venda sea un quitamanchas.

— ¡Que no vendo nada! ¿Cómo podría hacérselo entender?

— En principio, hablando más bajo. Y tampoco estaría mal que dejase de moverse por todos lados. Mi miopía ya no está para sus trotes.

La calma se instaló en el despacho del profesor, mientras el compacto bloque de luz solar que entraba por la ventana se fue llenando de pequeñas partículas de polvo que parecían flotar en sistemas gravitatorios muy precisos. Ambos hombres tomaron asiento, y el profesor esperó pacientemente a que su irritable visitante se explayase en el dictado de sus intenciones.

— Verá, mi presencia aquí puede proporcionarle aquello con lo que siempre ha soñado. Sólo nómbrelo y yo se lo pondré tan cerca que ni siquiera tendrá que estirar la mano para tomarlo. Piense un momento. ¿Qué le gustaría alcanzar? ¿Qué le ha sido negado? ¿Qué desea más que nada en este mundo? ¿Tal vez el conocimiento?

Temiendo que el intruso se pusiera a chillar de nuevo ante una nueva reprimenda y confiando en que captara sin demasiados problemas la indirecta, el profesor desvió su mirada hacia parte de los 18 mil volúmenes que forraban su morada. Y surtió efecto.

— De acuerdo. Nada de conocimientos. ¿Y qué pasa con las mujeres? ¿No le gustaría que todas cayeran rendidas a sus pies?

— Mis pies no son tan grandes —expuso el profesor—. Además, mi avanzada edad no me impide hacer tantas cosas como para que mi vida se reduzca a intercambiar dentaduras postizas en los patios de los asilos.

— Era sólo una forma de hablar. Pero ya veo que tampoco es un tema por el que se muestre especialmente atraído. ¿Y qué me dice de la riqueza? A cualquier persona en su sano juicio le gustaría poseer una fortuna que ni todos los hombres juntos podrían contar en cien vidas.

El repentino ataque de tos del profesor mientras hacía cábalas obligó al postor a reconsiderar su oferta.

— De acuerdo, olvídese. Pero no me engaña. Algo debe haber. Sabido es que todo tiene un precio. Sólo susúrrelo y será suyo.

El profesor, inclinándose hasta acercase al oído del intruso, dijo en voz muy baja:

— ¿Sabe algo de los calmucos?

Comprendió de inmediato su error. El sujeto empezó de nuevo a farfullar frases del todo incoherentes, a pasear como una bestia enjaulada, a dirimir y discrepar consigo mismo. Sólo le detuvo la inesperada pregunta del profesor H.

— Y dígame una cosa: ¿qué quiere exactamente a cambio de todo ese montón de charlatanería que trata de endilgarme?

El intruso intentó una vez más centrar su gesto en esa sonrisa maligna que tanto parecía gustarle mostrar, pero esta vez se quedó en un incierto rictus de sus labios que se desplomaron en el intento. Ya sólo su aliento era lúgubre y tenebroso.

— Quiero su alma.

El profesor mostró su alegría abriendo los brazos.

— Hubiéramos empezado por ahí, mi buen amigo. ¡Qué cosas, señor, qué cosas!

Entonces se levantó, acarició con la yema de sus dedos algunos volúmenes mientras se alejaba unos pasos y tomó entre sus manos un libro tan anciano que hasta las polillas lo veneraban. El sujeto aguantó la respiración dando por seguro que el profesor había entendido finalmente su presencia en el despacho y ahora buscaba una cita célebre o el párrafo más adecuado para que dieran comienzo a las negociaciones. Pero a los cinco minutos ya no estaba tan seguro de ello.

— ¿Y bien? —preguntó, con la tensión ya desbocada.

El profesor le miró, se ajustó las gafas y dijo al tiempo que dejaba caer la página que hasta ese momento había mantenido en vilo frente a sus ojos:

— ¿Sigue usted aquí?

— ¡Pues claro que sigo aquí! ¡Espero una respuesta!

— ¿Y cuál era la pregunta? Vale, vale, de acuerdo,

trate de calmarse. Deme un momento. ¡Ya recuerdo! Usted quiere mi alma. En fin... Lo siento: ya la vendí.

Para sorpresa del profesor, que esperaba otra tremebunda explosión sentimental, el intruso mostró un semblante del todo abatido. Su mirada rebosaba de cándida tristeza. E incluso de su pregunta había quedado desterrado el tono irritado y desafiante con que había hablado hasta ese momento.

— ¿Qué quiere decir con que ya la vendió?

El profesor sonrió por primera vez en mucho tiempo, quizás la primera vez en años. La nostalgia había empañado el cristal de sus gafas y gobernaba también sus sentidos mientras trataba de buscar una respuesta para pregunta tan compleja.

— Pues eso, que la vendí. La he estado vendiendo todos y cada uno de los días de mi vida. La he empañado en cientos de empresas descabelladas, sabiendo que todas estaban perdidas de antemano. La vendí para no ser un cobarde y desde entonces no he dejado de sentir miedo. La he parcelado y repartido entre gentes a las que no siempre amé y que no siempre me amaron. Me la robaron aquellos que no deberían haberse marchado y que me dejaron la vida inservible. Cada vez que le he puesto un precio, había mil manos alzadas esperando empezar la puja. La perdía y la recuperaba sólo para ponerla de nuevo a la venta. Se la entregué a los prestamistas de algunas religiones que se comprometieron a devolvérmela con intereses, pero nunca me llegaron las prometidas recompensas y mi cuerpo se fue quedando vacío, hueco, solo, y descubrí que hasta el ángel de la guarda no es más que un chantajista. Bueno, y eso por no mencionar las veces que se la vendí a otros sujetos que, como usted, también decidieron abordarme en mi propia casa para tentarme con sus ofertas. A ver, permítame recordar cuando me visitó el último...

— ¿El último? ¿Qui... quiere decir que han venido varios?

El profesor H alzó sus ojos hacia el cielo como si sólo allí cupieran todos los que habían ido a visitarle con el mismo propósito.

— ¡Ay, si yo le contara... ! —confesó.

El intruso se desplomó sobre el sillón con su enrojecido rostro ya recubierto por una palidez rosácea que se tornaba púrpura al teñir la comisura de los labios.

— No, por favor. Creo que prefiero no saberlo.

— Usted se lo pierde. Y ahora, si me disculpa...

Pasaron un minuto o dos. Sólo entonces el profesor H se dio cuenta de que el invitado le estaba hablando.

— ¿Cómo dice?

— Intento explicarle cómo me siento. Acabo de visitar a la señorita F, la famosa actriz, ya sabe. ¿Y qué cree que me ha dicho? Lo mismo que usted. Su alma ya estaba vendida.

— No me extraña —exclamó el profesor sin poder evitarlo—. Con un cuerpo como ese lo último que necesita es un alma. Y por el bien de algunos humanos, que haya hecho lo mismo también con su conciencia.

Pero resultaba obvio que el intruso no tenía oídos para nadie que no fuera él mismo.

— Y así llevo miles de años. ¡Miles! Vagando por este destartado edén, buscando un alma que comprar... y sin haberlo conseguido nunca. Todos me señalan como el destino final de los culpables, pero habito en un infierno vacío.

El profesor decidió que ya era hora de zanjar aquel asunto.

Suavemente, ayudó al extraño a que se incorporara, y le fue conduciendo hasta el pasillo de la entrada sin dejar de asentir a todo cuanto éste le confiaba.

— Sólo que nadie me cree cuando lo digo. Piensan que estoy loco, o en el mejor de los casos me dan una moneda con la esperanza de que me remate un trago. No sé... ¡Todo es tan desconcertante! Alguien escribió que mi mejor truco era haber hecho creer al mundo que yo no existía. Siendo un hombre de letras, sabrá quién es el autor. Bueno, qué importa su nombre. Lo cierto es que tenía razón. Quizás incluso me excedí, y ahora me hallo atrapado en el

propio señuelo que yo lancé. Puede que las cosas sean mucho más sencillas.

— ¡Excelente! Así me gusta— exclamó el profesor, mientras seguía empujando al intruso hasta la puerta de salida—. Hay que afrontar nuestro destino con ánimo constructivo, y la reflexión nos hace menos débiles. No sea tan severo con usted y verá como pronto se encuentra mejor. Y la próxima vez... ¡llame antes!

El intruso trató de responder, o tal vez simplemente necesitaba continuar con su confesión, cuando al profesor cerró la puerta de golpe, y sin perder un segundo se dirigió hacia su despacho. Al fin se había quedado solo y ya nada le impedía ponerse a trabajar. Pero no pudo disfrutar de ese privilegio por mucho tiempo. Tras mantener lo que pareció un encarnizado combate contra la herrumbrosa cerradura de la puerta, la malhumorada, hosca y terca mujer que cuidaba de la casa cruzó el despacho con el abrigo todavía puesto. Curiosamente, la señora Z caminaba y se movía como el mismo profesor y hasta se hubiera podido creer que pertenecían a la misma familia, si uno era víctima de la inquietante ilusión que tantas veces hace verosímil esa leyenda que afirma que los perros terminan por parecerse a sus dueños, aunque en este caso fuese imposible determinar quién era el amo o quién ladraba más alto. Llevaba veinte años a su servicio y cada día la encontraba más y más inaccesible. Aunque eso no fue óbice para, en lugar del previsible buenos días, el profesor le lanzase a la señora Z uno de sus habituales saludos matutinos: — ¿Sabe algo de los calmucos?

A lo que la mujer, también con la misma disposición de cada mañana, masculló algo que el profesor no terminó de entender del todo en aquel dialecto de origen rumano, aunque de lo que estaba completamente seguro era de que los calmucos nada tenían que ver con aquella parte tan específica de su propia anatomía a la que la señora Z se había referido antes de perderse en la cocina.

Al menos, algo quedaba descartado. Y eso, en sí, era ya un principio.‡